

—Los abreks? No, nada he oído—dijo el anciano.—Qué, no tienes vino? Dame de beber, buen hombre, que estoy muy cansado... Espera un poco y te traeré caza, te lo prometo. Dame de beber!—repitió.

—Pero, te quedas aquí?—preguntó el *uriadnik*, como si no hubiera entendido las palabras del viejo.

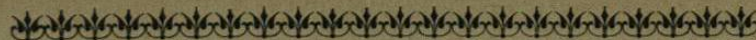
—Aquí pasaré la noche—contestó Erochka.—Para la fiesta espero que Dios me dará algo y te lo traeré, con seguridad.]

—Oye, oye!—gritó desde arriba Lukachka llamando la atención de los cosacos que se volvieron hacia él.—Ve allá, al torrente y encontrarás un magnífico rebaño. No es broma. Hace poco un cosaco ha muerto un jabalí,—añadió arreglándose el fusil á la espalda y con una voz tal que demostraba la veracidad de su aserto.

—Eh, Lukachka, Urván! Estás ahí?—dijo el viejo mirando arriba.—Dónde ha sido muerto?

—No me habías visto? Cierto que soy muy pequeño—dijo Lukachka.—Ha sido cerca de la zanja—y añadió muy serio y moviendo la cabeza.—Pasábamos por la zanja cuando oigo un ruido... pero mi fusil estaba enfundado. Ilaska tiró... Yo te enseñaré el sitio, no está lejos. Espera un poco; conozco bien el camino. Mocev!—gritó con aire decidido, casi imperioso, dirigiéndose al *uriadnik*—es hora del relevo.—Y cogiendo su fusil sin esperar otra orden abandonó el puesto de guardia.

—Baja—contestó el *uriadnik* después de lanzar una mirada investigadora entorno suyo. Te toca á tí, Gurka? Quita!... Buena pieza está hecho tu Lukachka—añadió dirigiéndose al viejo;—como tú, no puede parar en casa. El otro día mató un jabalí.



VII

La guardia nocturna

HABIÁSE puesto el sol y las sombras nocturnas descendían con rapidez del lado de la selva. Los cosacos, terminado su servicio en el cordón, preparábanse á cenar en la cabaña. Sólo el viejo quedaba en la selva tirando de la cuerda á la cual estaba atada la pata del ave destinada á servir de reclamo al gavilán. Este permanecía en el árbol sin bajar á coger el pollo. Lukachka, sin impacientarse, preparaba lazos para los faisanes y se paseaba cantando una canción tras otra. Apesar de su elevada estatura y largos brazos, toda labor grande ó pequeña parecía fundirse en las manos de Lukachka.

—Eh, Luka! Los cosacos se han ido á cenar,—díjole desde no muy lejos del soto la voz aguda de Nazarka.

Y apareció en el sendero abriéndose paso á través de los espinos, llevando bajo el brazo un faisán vivo.

—Ah!—exclamó Lukachka cesando de cantar.—Dónde has cogido ese animal? En mi lazo probablemente.

Nazarka tenía la misma edad que Lukachka y también había entrado al servicio en la primavera. Era feo, delgado, huesudo, con una voz chillona que hería los oídos. Lukachka y él eran vecinos y compañeros. Lukachka sentado sobre la hierba, á la tártara, arreglaba las redes.

—No sé en qué lazo; en el tuyo sin duda, es verdad.

—Detrás del hoyo, cerca del plátano? Sí, es el mío, lo tendí ayer.

Lukachka se levantó examinando el faisán capturado. Pasó la mano sobre la cabeza azul oscuro del ave, que alargando el cuello con espanto cerraba los ojos, y lo estrechó con ambas manos.

—Hoy comeremos un buen arroz; mávalo y enseguida lo desplumas.

—Pero, nos lo comeremos nosotros ó se lo daremos al *uriadnik*?

—Oh! Ya tiene él bastante!

—Tengo miedo de matarlo,—dijo Nazarka.

—Tráelo aquí.

Lukachka sacó un cuchillito que llevaba oculto debajo del puñal y rápidamente lo hundió en el cuello del ave. Esta se agitó



violentemente, pero apenas tuvo tiempo de tender las alas, que ya su cabeza ensangrentada se torcía á un lado.

—Ahí tienes cómo se hace,—dijo Lukachka tirando el ave.—Haremos un buen arroz.

Nazarka miró al faisán y se estremeció.

—Has oído decir, Lukachka, que «ese diablo» nos envía nuevamente de espionaje—dijo tomando el faisán. El epíteto de diablo aplicábalo al *uriadnik*.—Hoy correspondía á Fomuchkin y le ha enviado á buscar vino. Cuántas noches hemos hecho la guardia! Nosotros nos cargamos su servicio.

Lukachka se dirigió silbando hacia el cordón.

—Coge la cuerda—objetó.

Nazarka obedeció.

—Hoy mismo se lo diré; sin falta, sí, se lo diré—continuó Nazarka.—Digámosle que no vamos porque el cansancio nos mata. Díselo y te escuchará. De lo contrario, qué va á ser de nosotros!

—Ah! no hay más que hablar—dijo Lukachka, visiblemente preocupado en otra cosa.—Qué importa! Bueno, si nos dejasen en la *stanitza* por la noche. Allí uno se divierte; pero aquí, qué? Estar en el cordón ó de espionaje, es lo mismo.

—Y piensas ir á la *stanitza*?

—Sí, para las fiestas.

—Gurka ha dicho que tu Dunaika se distrae con Fomuchkin,—dijo Nazarka cambiando de conversación.

—Que el diablo se la lleve!—respondió Lukachka enseñando el marfil de sus dientes, pero sin sonreír.—Acaso no encontrarás otra?

—Gurka dijo: «Estuve en su casa y el marido se hallaba ausente. Allí ví á Fomuchkin comiendo pasteles». Permaneció un momento y luego fué á escuchar debajo de la ventana. Ella decía: «Ya se fué ese diablo; por qué, querido mío, no comes pasteles? No vayas á dormir á tu casa». Y Gurka gritó por la ventana: «Muy bien!»

—Mientes!

—Es verdad, te lo juro.

Lukachka calló un momento; luego añadió:

—Y qué; si encuentra otro, que el diablo cargue con ella, sobran mozas. Sobre todo, ya me tenía aburrido.

—Qué guapo eres!—dijo Nazarka.—Deberías cortejar á Marianka, la hija del corneta. Porque esa no se divierte con nadie! Lukachka frunció el entrecejo.

—Marianka es como las otras.

—Pues bien, inténtalo!

—Y qué, crees que faltan mozas en la *stanitza*?

Y Lukachka se puso á silbar y cortar ramas mientras caminaba hacia el cordón. De pronto se detuvo ante un arbolillo magnífico, y viendo que era recto y liso, sacó el cuchillo de debajo del

34874

puñal y lo cortó de un tajo.—Esta será una buena baqueta—dijo hiriendo el aire con la rama.

Los cosacos cenaban sentados en tierra á la puerta de la cabaña, rodeando una mesa tártara. Preguntóles á quién correspondía ir de *escucha*.

—Quién va hoy de servicio?—gritó uno de ellos dirigiéndose al *uriadnik* por la puerta entreabierta.

—A quién toca?—respondió éste.—Han estado Burlak y Fomuchkin,—y añadió como distraído,—Irás tú y Nazar, no es cierto?—dijo á Luka,—y Erguchov os acompañará; supongo que habrá despertado.

—Pero tú no te despiertas... Por qué ha de abandonar él su sueño?—dijo Nazarka á media voz.

Los cosacos se echaron á reír.

Erguchov era el cosaco que, completamente ebrio, dormía cerca de la cabaña. Acababa de despertar y entraba en el vestíbulo restregándose los ojos.

Lukachka, en pie, limpiaba su fusil.

—Terminad vuestra charla cuanto antes, cenad y partid,—dijo el *uriadnik*. Y sin esperar que le obedeciesen cerró la puerta, al parecer poco seguro de la obediencia de sus subordinados.—Si no hubiese orden sería á nadie enviaría; pero, según dicen, ocho abreks han atravesado el río.

—Y bien. Hay que ir,—dijo Erguchov;—es la orden que tenemos y hay que cumplirla; imposible abstenerse por el momento; creo que es mejor partir.

Entretanto Lukachka cogiendo con dos manos un trozo de faisán que llevaba á la boca, miraba ora al *uriadnik* ora á Nazarka, mostrándose al parecer indiferente á cuánto oía y riendo de todos. Todavía estaban los soldados en la estancia cuando Erochka, que hasta entonces había estado de acecho en el bosque, penetró en el oscuro vestíbulo.

—Muchachos!—dijo con voz de bajo que cubría todas las otras,—voy con vosotros; unos á esperar thetchenzes, otros á los jabalíes.



VIII

En el nombre del Padre...

ERA ya completamente de noche cuando Erochka y tres cosacos del cordón, envueltos en sus *burkas* (1) y el fusil á la espalda, subieron Terek arriba para establecerse en el lugar del *secreto*. Nazarka no quería ir; pero Lukachka le increpó, y finalmente emprendieron la marcha. Después de haber andado algunos pasos en silencio entraron en un sendero apenas perceptible entre los cañaverales, y aproximáronse al Terek. El agua había dejado en la orilla un gran madero sumergido que aparecía rodeado de cañas recientemente cortadas.

—Esperamos aquí?—preguntó Nazarka.

—Por qué no?—respondió Lukachka.—Siéntate aquí y espera, que vuelvo enseguida; voy á enseñar al viejo el lugar dónde cayó el jabalí.

—Este sitio es excelente; no se nos ve y lo percibimos todo,—dijo Erguchov.—Sí, quedémonos aquí; es el mejor sitio.

Nazarka y Erguchov tendieron sobre la hierba sus *burkas* é instaláronse cerca del madero. Lukachka se alejó con Erochka.

—Es aquí cerca,—dijo Lukachka marchando despacio delante del viejo;—yo te enseñaré por dónde ha pasado. Soy el único que lo sabe.

(1) Capa de pieles que usan los habitantes del Cáucaso.

—Muéstramelo. Urván, eres un buen chico!—murmuraba el viejo.

Después de algunos pasos Lukachka se paró ante una charca y comenzó á silbar.

—Ves? por aquí pasaron al ir á beber,—cuchicheó enseñando el rastro reciente.

—Cristo te guarde!—exclamó el anciano.—El jabalí vendrá al *kotluban* (1) por detrás de la zanja,—añadió.—Yo me quedo y tú puedes marcharte.

Lukachka cogió la *burka* y siguió solo á lo largo de la orilla mirando con rapidez tanto á derecha como á izquierda, ora al cañaveral, ora al Terek que murmuraba sordamente á su lado. «Tal vez ellos vigilan», díjose pensando en los *thetchenzes*. De pronto, un ruido y el rumor del agua al chocar con un cuerpo, hicieronle estremecer y empuñar su carabina.

Destacóse sobre la argentina superficie la oscura silueta de un jabalí, que desapareció entre las cañas. Lukachka le encaró el fusil; pero no tuvo tiempo para disparar y lleno de despecho se alejó. Otro silbido se escuchó y continuó avanzando hacia dónde estaban sus compañeros. Nazarka arrebuñado dormía ya. Erguchov, sentado sobre sus piernas cruzadas, hízole sitio á un lado.

—No se está aquí del todo mal,—dijo;—el sitio no puede ser mejor. Le has acompañado?

—Sí, le he guiado,—contestó Lukachka dejando su fusil en el suelo.—Oíste? Hace un momento, en la misma orilla, he levantado un jabalí. Quizás sea el mismo.

—Oí un rumor y pensé enseguida: «Lukachka ha espantado alguna pieza». Y envolviéndose en la *burka*, añadió Erguchov:—Ahora dormiré y cuando cante el gallo me despiertas para que tú descanses. Hay que proceder con método.

—Muchas gracias,—repuso Lukachka,—no quiero dormir.

La noche estaba templada, oscura, agradable. Del lado de la montaña aparecía el horizonte cubierto, casi en toda su extensión, por una espesa nube que se alejaba lentamente descubriendo la estrellada bóveda celeste. Delante corría el Terek, rodeando la tupida estepa. De vez en cuando, sin causa aparente, movíanse las cañas entrechocándose. Sus plumeros, destacando sobre el fondo del cielo, semejabán un grupo de árboles.

A sus pies se deslizaba la corriente con torbellinos en la ori-

(1) Nombre del hoyo ó charca donde el jabalí se revuelca para endurecer su piel.

lla, y más allá, chocando con los bancos de arena, murmuraba y desaparecía confundándose en el fondo del horizonte, cual negra mancha, el agua, la orilla y la nube.

Negras sombras corrían sobre el agua, y el ojo experto del cosaco reconocía que eran ramas secas arrancadas de las márgenes. A largos intervalos iluminaba la opuesta orilla, con sombrío reflejo, la luz de un relámpago.

Los vagos ruidos de la noche, el rumor del cañaveral, los ruidos de los cosacos, el zumbido de los mosquitos, el murmullo del agua, turbábalos de vez en cuando la ligera deonación de un fusil, el ruido de una piedra al caer en el agua, el cabrilleo de un pez ó el crugido de las ramas producido por algún animal que se hundía en la espesura.

Un buho, revoloteando á lo largo de los márgenes del Terek, llegó sobre los cosacos y tendiendo su vuelo hacia el bosque, dejó oír por largo tiempo el ruido cadencioso de sus alas que entrechocaban, y un aleteo más rápido al ir á posarse sobre algún viejo plátano.

A cada uno de estos inesperados rumores, el cosaco, aguzaba el oído y entornaba los ojos acariciando su fusil.

Avanzaba la noche; el oscuro nubarrón corriendo hacia el Occidente dejó entrever por sus desgarrones el cielo puro, estrellado, y allá sobre la montaña apareció la luna brillando cual un cuerno de oro comunicando á todo un rojo resplandor. Hacía fresco. Nazarka se despertó, habló y volvió á dormirse. Lukachka se aburría; levantóse, tiró de un pequeño cuchillo que tenía debajo del puñal y cortó una rama para hacerla servir de baqueta.

Multitud de ideas acudían á su cerebro: Cómo los *thetchenzes* viven allá en las montañas? Y vienen hasta aquí sin miedo á los cosacos. Cómo pueden ganar la orilla? y fijaba su vista á lo largo de la corriente, pero sin ver nada. Escudriñando el río y sus lejanas márgenes que á la tibia luz de la luna apenas si se distinguían de la corriente, abandonó su meditación y esperó el momento de despertar á los compañeros para volver á la *stanitza*. Se le representaba á Lukachka *su almife*, como llaman los cosacos á sus queridas y pensó en ella con despecho. Anunciaba el día: la plateada niebla enblanquecía el agua y cerca los aguilucho lanzaban agudos gritos y agitaban las alas. Por fin á lo lejos, en la *stanitza*, oyóse el canto de un gallo, luego otro canto prolongado al cual respondieron nuevos gritos.

«Es hora de despertarlos», pensó Lukachka al terminar la limpieza de su fusil y sintiendo pesadez en los ojos. Volvióse hacia

sus compañeros buscando el cuerpo al que pertenecían las piernas que veía, pero al mismo tiempo oyó un ruido extraño del otro lado del Terek y volvióse hacia el horizonte cubierto de blanquecinas montañas, hacia el creciente lunar, hacia la línea opuesta del río, hacia el Terek, hacia las ramas que arrastraba y que en aquel momento se mostraban muy distintamente. Parecióle que estaba en movimiento y que las ramas y el río permanecían inmóviles. Pero aquello no duró más que un segundo. Nuevamente fijó su vista, y una gran rama negra con sus hojas llamó extraordinariamente su atención. Sin inclinarse, sin girar, la rama flotaba de singular manera en el centro del río. Hasta parecióle que no seguía la corriente sino que cortaba oblicuamente el río de arriba abajo. Lukachka con el cuello tendido, seguía la rama con curiosidad. La rama se aproximó á un banco de arena, paró é hizo unos movimientos extraños. Lukachka creyó ver una mano que salía de debajo de la rama. «Ah, si yo solo matase un abrek!» pensó. Cogió el fusil y con tanto sigilo como rapidez, colocó sobre dos ramas cruzadas el cañón del arma, levantó el gatillo sin hacer el menor ruido y apuntó sin perder de vista al enemigo. «Yo los mato á todos» se dijo. No obstante, su corazón latía con tal violencia que hubo de detenerse y escuchó. De pronto la rama giró y emprendió la marcha en dirección á la orilla donde estaba la guardia. «No hay que errar el golpe!» pensó; y luego... á la débil luz de la luna vió debajo de la rama la cabeza de un tártaro. Dirigió el fusil recto hacia la cabeza. Parecióle que la tenía junto á la punta del cañón. Miró por encima. «Sí, es un abrek» dijo con alegría y arrodillándose bruscamente echóse el arma á la cara, miró bien la guía apenas visible que tenía en la punta y, siguiendo una costumbre que los cosacos adquieren en su infancia, dijo: «En el nombre del Padre y del Hijo...» y dejó caer el gatillo.

Una luz brillante iluminó por unos instantes el agua y los cañaverales. El sonido seco y corto del disparo repercutió sobre el río, perdiéndose á lo lejos y trasformándose en un ruido formidable. La rama ya no marchaba contra la corriente, sino que arrastrada por las aguas seguía su dirección.

—Alto!—gritó Erguchov acariciando su fusil y poniéndose encima del madero.

—Calla, demonio, que son los abreks!—dijo Luka apretando los dientes.

—Contra quién has tirado?—preguntó Nazarka.—A quién has matado?

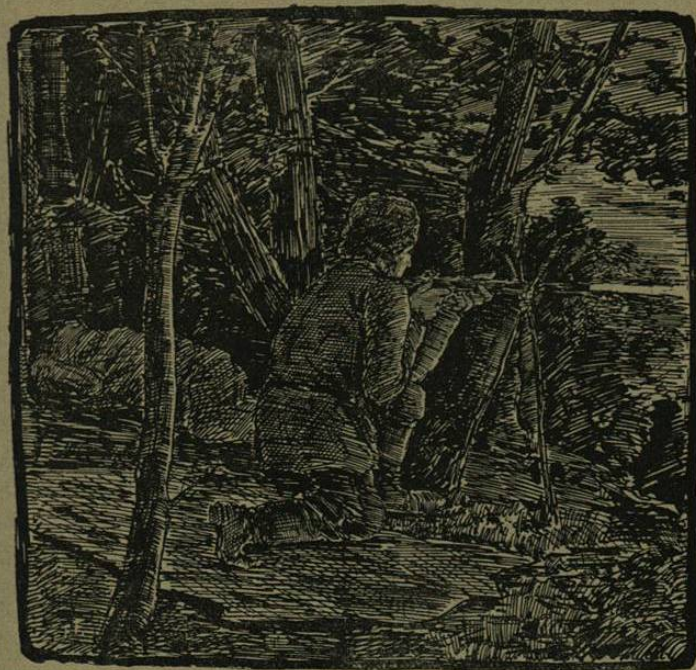
Lukachka no contestó, cargó su fusil y siguió con la vista

la rama que se alejaba. Esta se paró no lejos sobre un banco de arena y apareció una masa negra flotando sobre el agua.

—Contra quién has tirado? Por qué no nos avisaste?—preguntaron nuevamente los cosacos.

—He dicho que contra los abreks,—repitió Lukachka.

—Basta de tonterías! Acaso se ha disparado el arma por sí sóla?



—He muerto un abrek, eso es lo que he hecho,—dijo Lukachka con voz agitada por la emoción, poniéndose en pie.—El hombre nadaba...—dijo señalando al islote.—Le he muerto! Mirad allí.

—Tú ves visiones!—repetía Erguchov restregándose los ojos.

—Cómo! Basta ya!—dijo Lukachka; y cogiéndole por la espalda le hizo girar con tal violencia, que Erguchov lanzó un quejido.

Erguchov miró en la dirección que le mostraba Lukachka y viendo el cadáver, cambió súbitamente de tono.

—Ah, ah! seguro que vendrán otros tras él—dijo por lo bajo, examinando su fusil.—Ese que nadaba era el explorador. Ya están aquí ó no muy lejos del otro lado; creedme.

Lukachka desabrochó su cinturón y empezó á desnudarse.

—Qué haces, necio?—gritó Erguchov—Inténtalo y te pierdes. Es justamente lo que digo. Si le has muerto ya no escapa. Dame un poco de pólvora. Tienes tú? Nazarka, ve inmediatamente al cordón, pero no sigas la orilla, porque te matarían, seguramente.

—Ah! Eso es, iré solo! Bien puedes ir tú!—dijo Nazarka malhumorado.

Lukachka despojóse de sus vestiduras y se aproximó á la orilla:

—No vayas, te digo!—añadió Erguchov llenando de pólvora el cañón del fusil.—Mira como no se mueve, ahora ya veo. Pronto será de día y del cordón vendrán en nuestra ayuda. Qué temes, Nazar? No tengas miedo.

—Luka, eh! Luka—dijo Nazarka—cuéntanos cómo le has muerto.

Luka, dispuesto primero á arrojarle al agua, cambió de resolución.

—Id los dos al cordón y yo me quedo. Decid á los cosacos que les salgan al encuentro, si han atravesado... Hay que cogerlos.

—Digo que no escapan!—agregó Erguchov, poniéndose en pie.—Hay que cogerlos, seguramente.

—Espera, Luka, no te muevas—dijo Erguchov—de lo contrario te matarían. Cuidado con moverte.

—Vete, ya lo sé—respondió Luka, y mirando su fusil escondióse tras el madero.

Erguchov y Nazarka se levantaron y haciendo el signo de la cruz, marcharon al cordón, pero sin seguir la orilla; y abriéndose camino á través del cañaveral llegaron al sendero que marcaba la selva.

Lukachka, solo, sentado, sin apartar la vista del banco de arena, escuchaba atentamente esperando á los cosacos; pero había gran trecho hasta llegar al cordón y la impaciencia le atormentaba, temiendo desapareciesen los abrekks que acompañaban á su víctima. Contra esos enemigos que suponía iban á comparecer, sentía un desprecio parecido al que la víspera le había animado contra el jabalí. Miraba entorno suyo ó al otro lado de la ribera, temiendo ver todavía otros hombres. Con el fusil entre dos ramas plantadas estaba dispuesto á tirar. Y no se le ocurrió pensar que también á él podían matarle.

IX

El cadáver del abrek

COMENZABA á clarear. Ya se veía con más perfección el cuerpo del thetchenze medio flotando sobre los bajos del río. De pronto oyéronse pasos no lejos de la *escucha* é inclináronse las cañas con leve crugido. El cosaco miró por segunda vez y exclamó: «En el nombre del Padre y del Hijo»... Al ruido del disparo cesó el eco de los pasos.

—Eh, cosacos! No tiréis contra el viejo—dijo una voz grave y tranquila, mientras Erochka saliendo de entre el cañaveral se aproximaba á Luka.

—Demonio, á poco más te mato!

—Por qué tiraste?—preguntó el viejo.

La sonora voz del anciano que repercutía en la selva y por la superficie del río, rompió el misterioso silencio que rodeaba al cosaco. Todo pareció cambiar espontáneamente, era más claro, más visible.

—Nada has visto y he matado la bestia?—dijo Lukachka poniendo el fusil en el seguro é incorporándose con aparente calma.

El viejo miraba ya en dirección al islote que se percibía claramente, y entorno del cual corría el Terek.

—Nadaba con el ramo á la espalda. Le he descubierto... Mira,

pantalón azul: y aquello es el fusil, si no me equivoco... ves?—dijo Luka.

—Sin duda—contestó el viejo en tono irritado, reflejando su mirada destellos de severidad, de dureza.—Has muerto á un montañés—añadió con sentimiento.

—Estaba sentado allá abajo, cuando me pregunté qué podría ser un bulto negro que venía de la otra orilla. Lo distinguí de lejos. Hubiérase dicho que un hombre se aproximaba y caía. Era un milagro? De pronto veo una rama que flota, pero no en dirección de la corriente sino en sentido oblicuo. Luego distingo una cabeza que sale por arriba. Qué es eso? El cañaveral me impedía ver claramente. Me levanto y sin duda había oído él algún ruido, el canalla! porque saltó á la arena y miró en derredor. «No, pensé, tú no te escapas». Una vez en tierra, observé. Ay! algo me sube á la garganta!... Preparo el fusil con cuidado y espero. Queda él en pie un momento y vuelve á nadar, pero cuando se hubo colocado en plena luz, entonces alumbrado por la claridad de la luna pude verle de espaldas. «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...» Miré á través de la densa nube de humo y ví que se agitaba. Lloraba, á lo menos me lo pareció. «Gracias á Dios, pensé, ya le he muerto!» Una vez en la arena pude verle mejor; quiso levantarse, pero ya no tenía fuerzas. Se mueve, se extremece y cae. Es cierto; lo ví todo. Mira, ya no se mueve, debe haber muerto... Los cosacos han ido al cordón, con tal que los otros no se nos escapen!

—Sí, confía en ello, se les cogerá—dijo el viejo.—Están lejos todavía, hijo mío...

Y nuevamente movió el anciano la cabeza con muestras de tristeza. Al mismo tiempo se oyó acalorada conversación y ruido producido por los cosacos que llegaban, unos á pie, otros á caballo.

—Traéis algún bote?—preguntó Luka.

—Bravo! Luka, tráenoslo á la orilla!—gritó uno de los cosacos.

Lukachka sin esperar el bote ni perder de vista su presa, comenzó á desnudarse.

—Espera, que Nazarka trae el barquichuelo—dijo el *uriadnik*.

—Imbécil! Quién sabe si vive, aunque no pueda moverse? Coge el puñal—añadió otro cosaco.

—Así lo haré—repuso Luka quitándose los pantalones.

Se desnudó apresuradamente, hizo la señal de la cruz, saltó al agua moviendo con fuerza sus nervudos brazos, la espalda á flor de agua y cruzó el Terek en dirección al banco de arena.

Del grupo de cosacos que quedaron en la orilla salían voces

sonoras emitidas á un mismo tiempo. Tres cosacos de caballería fueron á explorar los alrededores. El bote apareció en el río.

Lukachka se incorporó sobre el islote y sacudiendo el cuerpo de su víctima lo empujó por dos veces. «Completamente muerto!» dijo en voz alta.

El thetchenze había recibido el tiro en la cabeza. Vestía pantalón azul, camisa y caftán; á la espalda llevaba el fusil y un puñal, cubríale enteramente la grande rama que tanto había preocupado á Lukachka.

—Vaya una carpa!—dijo un cosaco que se había unido á los que rodeaban el cadáver, que arrastrado por el agua habían depositado ya sobre el césped.

—Qué amarillo está!—agregó otro.

—Por dónde se fueron los nuestros en busca de los abreks? sin duda están ya en el otro lado. Si éste no hubiera sido un explorador, seguramente habría desaparecido antes que arriesgarse solo. Por qué nadaba en esa forma?—dijo un tercero.

—Ah! era un bribón que se había propuesto ser un buen *patriota*,—respondió Luka con aire irónico mientras torcía la ropa mojada que había dejado en la orilla y tiritando sin cesar.—Lleva la barba teñida y bien recortada.

—Oye, Lukachka,—añadió el *uriadnik* que tenía en la mano el puñal y el fusil del hombre muerto—guarda para tí el puñal y el caftán, y á cambio del fusil te daré tres monedas cuando vayas á mi casa. Está cargado—añadió soplando por el cañón—será para mí un buen recuerdo.

Luka no contestó; sintióse contrariado por la avidez de su jefe; pero sabía que su obligación era obedecer.

—Qué diablo!—dijo frunciendo las cejas y tirando al suelo el caftán del thetchenze—si al menos fuese bueno este caftán, pero es un guiñapo.

—Te servirá para ir á cortar leña,—añadió otro cosaco.

—Mocev! Me voy á casa—dijo Lukachka que, olvidando su despecho, quería sacar partido del regalo que había hecho á su jefe.

—Está bien; puedes marchar.

—Muchachos! arrastrad ese cuerpo detrás del cordón—ordenó el *uriadnik* á los cosacos mientras inspeccionaba el fusil—y haced un cobertizo de ramaje para preservarle del sol. Puede que vengán de la montaña á rescatarle.

—Todavía no hace calor—objetó uno.

—Y si vinieran los chacales?—repuso otro.

—Haremos la guardia, porque si vienen á comprarlo no conviene que lo encuentren maltrecho.

—Bueno, Lukachka, haz lo que quieras, pero ofrece un vaso de licor á los compañeros,—añadió alegremente el *uriadnik*.

—Sí, como de costumbre—replicaron los cosacos.

—Que suerte le dá Dios!... sin pensar ha muerto un abrek.

—Compradme el puñal y el caftán y pagádmelo bien. También vendo los pantalones,—dijo Lukachka.—No me irán bien porque el difunto estaba muy flaco. Dios le acompañe!

Un cosaco compró el caftán por un rublo; otro dió por el puñal dos jarros de aguardiente.

—Bebed, compañeros, os ofrezco un jarro,—dijo Luka—yo mismo lo traeré de la *stanitza*.

—Y de los pantalones puedes hacer pañuelos para las mozas—añadió Nazarka.

Los cosacos se echaron á reír.

—Basta de risas—dijo el *uriadnik*—y llevad más lejos el cadáver. Por qué habéis dejado esa porquería cerca de la cabaña?...

—Cómo no os movéis? traedlo aquí—exclamó imperiosamente Lukachka, dirigiéndose á los cosacos que, sin saber por qué, se hallaban vacilantes. Los cosacos le obedecieron como si fuera el jefe. Llevaron el cadáver á algunos pasos de distancia, soltando las piernas que cayeron inertes sobre el césped. Los cosacos retrocedieron y durante algunos instantes permanecieron inmóviles.

Nazarka se aproximó al cadáver levantándole la cabeza para ver la herida ensangrentada y redonda que tenía en la sien y bañaba de sangre el rostro de la víctima. «Vaya una marca que le has puesto! Y en los mismos sesos!» dijo. «No se perderá, y los suyos podrán reconocerle...» Nadie contestó y todos los cosacos continuaron en silencio.

Había salido el sol y sus rayos herían la verdura cubierta de rocío. El Terek mugía á lo lejos, al despertar, por el lado de la selva. Los gritos de los faisanes saludaban la mañana interrumpiéndose con sus cantos que llegaban de todos lados. Los cosacos silenciosos é inmóviles rodeaban el cadáver lanzándole de vez en cuando alguna mirada. Este, cubierto solamente por un pantalón azul empapado en agua que sujetaba sobre el hundido vientre un estrecho cinturón, era elegante y hermoso. A los lados colgábanle los musculosos brazos. La cabeza redonda, recién afeitada, tirando á azul, con la herida cubierta de sangre coagulada, estaba inclinada á un lado. Su frente curtida por el sol, marcábase espaciosa en la limpia cabeza. Los ojos grandes, vidriosos, entreabiertos, diríase

que miraban al vacío; los labios frescos y delgados parecían dejar escapar una leve sonrisa por entre el bigote rubio, recortado; y los dedos crispados mostrábanse cubiertos de lodo en las articulaciones y con las uñas teñidas de encarnado.

Todavía no se había vestido Lukachka. Estaba mojado, el cuello más rojo que nunca y los ojos más brillantes que de ordinario. Sus amplias mejillas se contraían y un vapor casi imperceptible desprendíase de su cuerpo blanco y vigoroso, no obstante el aire fresco de la mañana.

—Era todo un hombre,—prorrumpió mirando el cadáver.

—Sí; si hubieses tenido la desgracia de caer en sus manos, maldito el gusto que hubieras sentido,—replicó uno de los cosacos.

Cesó el silencio. Los soldados se agitaron y comenzaron á hablar; dos de ellos salieron á cortar ramas para hacer el cobertizo; los otros alejáronse hacia el cordón. Lukachka y Nazarka iniciaron los preparativos para marcharse á la *stanitza*.

Media hora después Lukachka y Nazarka atravesaban casi corriendo la selva que separa el Terek de la *stanitza*, dirigiéndose á sus casas en animada conversación.

—Cuidado con decir que soy yo quien te envía!... no olvides averiguar si su marido está en casa!—dijo Lukachka en tono imperativo.

—Y luego iré á casa de Iamka. Iremos de juerga esta noche?—preguntó el obediente Nazarka.

—Sí, sí, cuando la hemos de correr si hoy no?—respondió Luka.

Llegados á la *stanitza*, los cosacos bebieron sendos tragos de aguardiente y luego se echaron por tierra para dormir hasta la tarde.